

roscuro de la proyección. El cine no puede divorciarse de la vida porque, entonces, fracasa. Es el arte que más cerca tiene que estar de la realidad cotidiana; no puede desligarse de la vida porque nació para eso: para contarnos a los espectadores una vida que desconocíamos antes de entrar en la sala y que, ahora, ya es nuestra, profundamente nuestra, al salir de nuevo al aire de la calle. *Pero, la vida está llena de poesía.* Lo que sucede es que unos hombres la perciben y otros no. El artista tiene que saber escuchar esa poesía que late en la vida real y cotidiana. Y el «cine» debe captar ese sentido poético y resaltarlo sin exagerarlo; llamarnos la atención sobre cada uno de los destellos poéticos que vibran en nuestro entorno. En este sentido «¡Qué verde era mi valle!», es una perfecta realización: «secamente humana y jugosamente poética». Rememorar detalles sería tarea prolija. Baste saber que la vida de los Morgan ha quedado incorporada a nuestro acerbo vital. Los Morgan existen ya para nosotros porque casi se han convertido en familiares nuestros.

Hay quien dice que la película es triste. Aclaremos un poco. No confundamos la tristeza artificial, retorcida y contrahecha de algunos «dramones» con esta tan natural tristeza de este «film». Es la tristeza de la vida sin exageraciones ni falsos efectismos. Tristeza seria que causa pocas lágrimas, como la tristeza de verdad. También se ha dicho por algunos que era una película «marxista», porque los protagonistas son mineros y porque late en ella el tema del trabajo. A esta objeción tan estúpida la mejor respuesta es el silencio.

Saludemos en «¡Qué verde era mi valle!», un valor cinematográfico y un camino a seguir.

G. M. VIVALDI

Un fino y profundo actor

Philip Holmes murió hace poco, relativamente joven. Era inglés y había trabajado con directores europeos y americanos. Su figura juvenil y correcta encarnó muchos personajes, aunque su fotograma sea siempre ante nuestros ojos el de un joven magro, elegante, embutido en un casaquín romántico.

Nuestra memoria cinematográfica es corta, pero diez años en el cine son buenos — casi tantos como un jubileo o centenario en literatura — y todavía recordamos bien aquel «Remordimiento», película de postguerra, con una tesis pacifista y humana. Allí, sencillo y emotivo, Holmes encarna la figura del guerrero que se cree simplemente criminal, junto a una dulce y frustrada novia alemana (Nancy Carroll) y un formidable y wagneriano viejo teutón (Lionel Barrymore).

Después, un salto muy cinematográfico, para volvernos a encontrar a Holmes rodando bajo un experto director italiano, Carmine Gallone, encarnando la figura del finísimo y romántico Vincencio Bellini. A su lado, la musa — esta vez noble — napolitana, magnífica cantante, aunque no tan buena actriz: Martha Eggert, simpática y enamorada.

Aunque «Casta Diva» es un jalón más en aquellas películas europeas, biografías luminosas de músicos que empezaron en «Vuelan mis canciones», no sólo la llenan la voz de la Eggert y los trozos maravillosos de «Beatrice di Tenda», «Tempestá» y «Norma». Holmes es aquí el romántico y apasionado músico siciliano que pasa del odio al amor en rápida mutación, recreando la figura del mayor músico de Italia.

Hemos dejado para el final algunas de las mejores realizaciones de Holmes. Nos referimos a las adaptaciones de Dickens a la pantalla. Se han llevado al lienzo de plata, creemos recordar: «El misterio de Edwin Drood», «Historia de dos ciudades», «Grandes ilusiones» y «David Copperfield».

Estas dos últimas son sendas creaciones de Philip Holmes. La primera — einta inadvertida en nuestros locales — nos da un Pip hombre, forzado y alegre muchacho acompañado de uno de los rostros más agradables del cine: la dulce Jane Wyatt, que últimamente vimos en el genial film de Capra «Horizontes Perdidos». Realización verdaderamente dickensiana, con esa segunda parte en la que vuelven los personajes que vimos infantiles.

En cuanto a «David Copperfield», poco podemos decir. Vimos, sobre una gran novela, levantarse una magnífica película, llena de aciertos. El primero, indudable, fué la elección de Freddie Bartholmew para Copperfield niño. Aquel pequeño viajero en vacaciones se presentó a George Cukor diciendo, profético, inspirado: Yo soy David Copperfield. Los personajes secundarios son acertadísimos: Edna May Oliver, Basil Rathbone...

Y para hacer el David hombre, el escritor que se debate en el Londres de abogados y comerciantes, Holmes, pero un Holmes depurado, medido, juvenil, que se agita entre la Dora alegre e inconsciente - Maureen O'Sullivan - y la ideal y reposada Agnes Magde Evans.

Philip Holmes es un malogrado. Pero, muerto y enterrado - horrible negrura esta muerte de cinema - sin las alharacas de un Valentino hipnotizador de multitudes, Holmes se ha ido cuando el buen cine esperaba mucho de él. Como Leslie Howard

Holmes nos ha dejado algo muy importante: la juventud romántica, el ímpetu soñador e idealista hecho plástica dentro de una somera y estricta gesticulación.

Porque, Holmes tenía, como los Brook, los Colman y los Donat de hoy, un sello muy inglés: elegancia.

LORENZO ESTEVEZ

